

Pedid y se os dará

17º Domingo del Tiempo Ordinario

Estando orando en cierto lugar, en cuanto que acabó, uno de sus discípulos le dijo: "Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos". Y Él les dijo: "Cuando oréis, decid: «Padre, santificado sea tu nombre, venga tu Reino, danos hoy nuestro pan de cada día y perdónanos nuestros pecados, como también nosotros perdonamos a todo el que nos ofende. Y no nos dejes caer en la tentación»". Y les dijo: "Si uno de vosotros tiene un amigo y acude a él a medianoche y le dice: «Amigo, préstame tres panes, pues un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo qué darle». Aunque aquél le responda desde dentro: «No me molestes, la puerta está cerrada y yo y mis hijos acostados. No puedo levantarme a dártelos». Os lo aseguro, aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, al menos por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesita. También Yo os digo: pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre. Pues ¿qué padre habrá entre vosotros que si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le dé una serpiente; o si le pide un huevo, le dé un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más el Padre del Cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden."

Lc 11,1-13

Transcripción de audio

Gracias, Jesús, por enseñarme a orar y por decirme cómo lo tengo que hacer. Gracias, Jesús, por esta gran lección de la oración. Tú dices a tus discípulos y me dices a mí: "Cuando oréis, decid «Padre»". La primera condición para que yo ore es la confianza en ti. Tú eres mi Padre, Tú eres quien santifica, quien perdona, quien nos libra de todo, quien nos da todo. Padre, te pido que yo aprenda a llamarte siempre desde la confianza, desde la seguridad, desde el amor, desde el saber que Tú siempre me proteges.

Y después me dices que le diga: "Santificado sea tu nombre", que le alabe, que le dé gracias, que me dé cuenta de que Él hace todo en mí y que estoy protegida por Él. Y me enseñas lo que le tengo que pedir: le tengo que pedir el pan de cada día, que me preserve del mal, que sepa perdonar, que comparta el pan y que sepa también recibir el perdón.

"Santificado sea tu nombre". Que venga el amor en mí y en el mundo y en los demás. Que no me falte el alimento de cada día y que sepa también recibir el perdón y perdonar. Pero que también me ayude a no caer en la tentación, a no

dejarme vencer por el mal. Y me dices: "Pídelo una vez y dos veces, no te canses". Me pones este ejemplo de este hombre que le pide a su amigo... e insiste de noche, e insiste... hasta que se lo dé, hasta que le da todo. Cómo me dices: "No te canses. Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis". ¡Qué grande eres, Jesús! Te ocupas de todo, de las necesidades materiales, espirituales... Te ocupas de todo. Que yo sepa fiarme de ti, pero que también sepa vivir las exigencias de lo que me dices: recibir el Reino, perdonar, recibir el perdón. ¡Cuánto me complico en la oración! Ponerme como un hijo delante de su padre, como un niño pequeño que le pide todo y que se da cuenta de que su padre le protege. ¡Qué difícil hago muchas veces la oración! Pero a veces me cuesta aprender también a orar simplemente las necesidades de cada día: el pan, el Reino, el perdón, el no dejarme vencer por el mal.

Jesús, ayuda a mi espíritu, mi corazón, dame fuerza; y dispónle para que sepa también recibir la oración, recibir esta invitación que Tú me dices: "Cuando te pongas a orar, haz así...". Dame la fe en ti, dame el amor en ti, para que venga tu Reino y que me entregue totalmente a ti. "¿Qué padre va a negar algo a su hijo? ¿Qué padre? ¡Cuánto más vuestro Padre que os cuida y que os mimar!" me dices. Gracias, Jesús, por esta lección de la oración, gracias por el gozo de sentirme hija tuya, gracias por escucharme. Enséñame a orar, Jesús, enséñame a orar. Mueve mi corazón, mueve mi entendimiento y muéveme para que aprenda también a relacionarme contigo y a actuar las exigencias que Tú me dices: compartir el pan de cada día, disponerme al perdón, luchar para que no prevalezca en mí el mal.

Y termino repitiéndote la oración tan bella que Tú me has enseñado: Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, que venga tu Reino en mí y en la humanidad. Que aprenda a perdonar como Tú me enseñas y que no me deje caer en la tentación. Líbrame del mal. ¡Enséñame a orar!

Padre nuestro, que estás en los Cielos, gracias por ser mi Padre. Enséñame a orar, porque "pedid y se os dará". Y nunca, nunca quedaremos olvidados y confundidos. "Pedid y se os dará". Hoy repetiré muy despacio y sintiendo cada expresión la gran oración que Tú me has dejado del Padrenuestro. Y en cada expresión te repetiré con toda pobreza y como un niño pequeño:

¡Enséñame a orar!

Que así sea